



La Compañía de Jesús y su servicio en tiempos de desastres

2012/03

A TODOS LOS SUPERIORES MAYORES

Querido Padre,

Hoy, con ocasión del 390 aniversario de la canonización de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, querría compartir con ustedes algunas reflexiones sobre el servicio que la Compañía de Jesús está llamada a prestar cuando suceden desastres naturales.

Ignacio, Francisco Javier y los primeros compañeros, sabiendo bien que “el amor debe manifestarse más en las obras que en las palabras” [EE.EE. n. 230], se entregaban al servicio de sus prójimos “por medio de ejercicios espirituales y de obras de caridad” (*Fórmula del Instituto*). Es útil recordar a este propósito que durante varios meses del invierno de 1538-39, la ciudad de Roma se vio azotada por toda una serie de desastres naturales. Tras una cosecha malograda, las rigurosas temperaturas empujaron a miles de campesinos, empobrecidos y hambrientos, a abandonar el campo para refugiarse en la ciudad. Pero la gran mayoría de los que huían de la hambruna de las aldeas, encontraron poco alivio en Roma. La esperanza de encontrar socorro a sus necesidades no tardó en desvanecerse. Obligados a dormir por las calles, muchos murieron a causa del hambre y el frío. Derrochando ingenio y compasión, Ignacio y los primeros compañeros salieron al paso de esta emergencia reuniendo los pocos recursos con que contaban para ponerlos al servicio de los pobres. Aquellos hombres, con toda su formación académica, mendigaban desde el alba al anochecer pan, verdura y leña. A la caída de la tarde invitaban a los que no tenían otro techo a que compartieran con ellos el cobijo de su propia casa, donde llegaron a dar comida y alojamiento a unas 400 personas a la vez. Según avanzaba el invierno la situación se agravaba, obligando a Ignacio a buscar más ayuda económica y a dar con otra casa en la que pudiera atender a una multitud de refugiados que ascendía ya a más de 3.000, en una ciudad cuya población total no pasaba de los 40.000 habitantes.

A la luz de las “*opera caritatis*” (*Formula*) de los primeros compañeros y teniéndolas bien presentes, volvamos ahora la vista a nuestro mundo, en el que tantos siguen sufriendo de modo semejante a causa de desastres imprevisibles. No tenemos más que recordar algunos de los trágicos sucesos que hemos padecido en los dos últimos años: Los terremotos de Haití (12 de enero de 2010) y de Chile (3 de enero de 2011), el triple desastre que azotó a Japón, cuando al terremoto siguió un tsunami y la fusión de una central nuclear (11 de marzo de 2011), inundaciones en Tailandia, Camboya, Filipinas (2011) y Madagascar (2012), sequía y hambruna en el cuerno de África (2011-2012). Catástrofes todas ellas que han tenido efectos devastadores en las vidas de muchas personas, causándoles la muerte, obligándoles a emigrar o privándoles de lo poco que poseían.

Estos y otros desastres han hecho nacer un impresionante movimiento de compasión y solidaridad en el seno de numerosos grupos, en muchas organizaciones y en personas individuales. El amor de Dios, que tantas veces hemos experimentado, nos invita e impulsa a



colaborar con otros, colaborando en la medida de nuestras fuerzas para mitigar el sufrimiento de los afectados por estas calamidades. Muchos jesuitas y colaboradores nuestros lo están haciendo ya.

Aprovechando, pues, la experiencia de tantos jesuitas y de nuestros amigos y colaboradores, desearía proponerles en esta carta algunas indicaciones para que sirvan de guía en los lugares donde está presente la Compañía. Espero que estas directrices nos ayuden a prestar un servicio más eficaz y a la vez más evangélico.

1. Estar presentes

La primera y más importante norma de respuesta ante una emergencia atañe a las comunidades o instituciones de la Compañía que tienen su sede en la localidad o el país afectados por la calamidad. La experiencia enseña que, tras un desastre, quien ha salvado un mayor número de vidas es la población local, sobre todo gracias a su actuación en los días inmediatos a la catástrofe. Nuestra historia reciente ofrece ejemplos abundantes de jesuitas concretos, obras de la Compañía y provincias enteras, que han sabido responder al clamor de vidas destrozadas por algún desastre natural. Jesuitas que han abierto sus escuelas y otros locales convirtiéndolos en albergues; novicios y escolares que han dejado todo para ponerse al servicio de los afectados en los primeros momentos tras un tsunami o un terremoto. Esta reacción rápida, compasiva y generosa de nuestros compañeros, de nuestras comunidades y de nuestras obras, ha significado, en más de una ocasión, un giro decisivo. En cualquier situación de desastre, independientemente de lo limitados que puedan ser nuestros recursos, la primera y más decisiva respuesta debe surgir del ámbito local.

2. Ofrecer ayuda espiritual y práctica

La ayuda prestada a las víctimas de un desastre natural ha de ser al mismo tiempo práctica y espiritual. Proporcionar medios económicos y apoyo material es importante, pero no suficiente. Nuestra presencia debe ser un cauce de consuelo, de sanación y de esperanza evangélica. El servicio que prestamos tiene que ser eficaz, pero al mismo tiempo debe dar testimonio de que somos discípulos del Señor compasivo, quizá muy especialmente en aquellos contextos multiculturales y multirreligiosos en los que tenemos que entrar en respetuoso diálogo con la fe que profesan otros. Sabemos bien que, como en el caso del buen samaritano, el lenguaje más práctico y más espiritual es un amor eficaz hacia los necesitados, que los abarca a todos.

3. Colaborar

Dar respuesta a un desastre es algo que normalmente exige el esfuerzo coordinado de muchos individuos. Afortunadamente este tipo de desastres suele suscitar la generosidad, e incluso el heroísmo, de muchos grupos y personas. Los jesuitas tenemos que estar abiertos a cualquier tipo de colaboración, sea nuestra o no la iniciativa, siendo incluso capaces de imaginar formas nuevas de colaborar unos con otros.

Esta actitud de colaboración puede comenzar por la misma Provincia, estableciendo redes conjuntas de servicios entre sus obras y comunidades, entre la Compañía y sus colaboradores. Es una ocasión extraordinaria para invitar al trabajo a los jóvenes de nuestras obras cuyo idealismo, energía y generosidad responden de modo muy especial en momentos de dificultad. Tenemos que mostrar con humildad nuestra disposición a colaborar con otras



personas de nuestro entorno inmediato: con la Iglesia local, con las organizaciones de Caritas Diocesana, con otros grupos religiosos u ONGs, así como con hombres y mujeres de buena voluntad pertenecientes a otras religiones. Esta colaboración alcanza también a la Compañía en el sentido más amplio: otras provincias, conferencias y otras redes internacionales de la Compañía, como es el JRS.

4. Informar

Siempre que ocurre un desastre en un determinado lugar, los compañeros jesuitas de otras partes de la Compañía desean saber, movidos por la amistad y la preocupación fraterna, qué les ha sucedido a los hermanos que viven en aquella zona, en qué estado se encuentra la gente, el país o la ciudad afectada, cómo pueden servir de ayuda. Normalmente surge un espontáneo intercambiarse de mensajes de solidaridad, un interesarse y prometerse oraciones, que estrechan las relaciones entre los jesuitas de una misma provincia y entre provincias diferentes. Este fluir de información es un signo de gran valor que muestra de forma importante nuestra fraternidad universal.

Pero cuando suceden desastres de gran magnitud es importante que exista una vía de distribución de información más estructurada. El provincial de la zona afectada o su delegado deben ponerse en contacto con el Presidente de la Conferencia y con el Superior General en Roma (a través del Asistente Regional) enviándoles informes actualizados y, si es necesario, pidiéndoles ayuda. Para recabar fondos y coordinar esfuerzos es crucial tener información clara y precisa.

5. Dar y recibir solidaridad internacional

La actuación a nivel local es importantísima, pero no podemos descuidar la solidaridad de la universal Compañía. Los que padecen las consecuencias de un gran desastre se sienten muy animados y consolados al conocer que no están solos en la lucha. Este tipo de solidaridad puede hacerse real de muchas formas: se pueden crear redes de concienciación internacional, se puede hacer uso de las redes de comunicación social para suscitar atención internacional, organizar oraciones colectivas y promover movimientos de apoyo, etc. Normalmente se concretará canalizando cualquier ayuda económica que esté en disposición de resolver situaciones de emergencia. Es importante recordar que esta ayuda se necesita más en un segundo momento, el momento de recuperación incipiente, o en un tercero, el de rehabilitación, que es cuando otras instancias de ayuda han abandonado ya la zona afectada y cuando los medios internacionales de comunicación han perdido interés en ella reclamados por otros asuntos.

En algunas ocasiones jesuitas de distintos países deberán disponerse a ser enviados para prestar ayuda en áreas afectadas por alguna calamidad. A la vez es importante que los jesuitas de tales áreas se muestren abiertos a recibir ayuda internacional cuando sea necesario. El hecho de trabajar juntos y en situaciones de desastre, jesuitas de diferentes provincias, en compañía de laicos y religiosos de todo el mundo, supone verse sometidos a no pocas amarguras, carencias y tensiones. En estas difíciles situaciones es preciso que los jesuitas y sus colaboradores se ayuden unos a otros a dar testimonio de Cristo, y a no permitir que las obvias diferencias culturales o nacionales les aparten de trabajar juntos al servicio de los que sufren.



6. Ser transparentes

Transparencia y rendición de cuentas son dos niveles de calidad profesional que debe alcanzar cualquier proyecto del que la Compañía se haga cargo. Nunca podemos olvidar nuestro tradicional respeto a la voluntad del donante.

7. Pensar a largo plazo

Como se dijo más arriba, normalmente se necesita mucha ayuda cuando ya ha pasado algún tiempo después de la fase de emergencia inmediata, especialmente cuando otras instancias han abandonado la zona afectada y cuando los medios de comunicación tienen ya su atención puesta en otras cuestiones. Nuestra compasión y nuestro compromiso tienen que ser capaces de una constancia mayor, porque el proceso de recuperación es frecuentemente largo y complejo.

Cabe añadir que, cuando haya pasado la crisis inmediata, será importante hacer una reflexión sobre lo que causó tanta destrucción, para prever en lo posible la repetición de este tipo de catástrofes. Frecuentemente las que aparecen como calamidades naturales tienen su origen, al menos parcialmente, en decisiones, acciones y planificaciones humanas. A menudo, por ejemplo, el cambio climático, una irresponsable política ambiental, insuficiente preparación para situaciones de catástrofe natural o sistemas de alarma muy pobres, generan mucha destrucción y mucho sufrimiento. Por eso será bueno que algunos jesuitas o algunas obras de la Compañía se dedicaran a estudiar las medidas a largo plazo capaces de reducir o eliminar riesgos, o a elaborar cursos de formación con vistas al cambio de conductas y a limitar el impacto de los desastres naturales en la población, o a ayudar a elaborar y propugnar políticas ambientales más sanas y sostenibles. Iniciativas de tipo preventivo constituyen parte integral e importante del servicio que nos es propio.

Si pensamos en las vidas de nuestro padre Ignacio, de Francisco Javier y de los primeros compañeros, vemos que nunca olvidaron a los pobres y que sus ministerios incluían siempre un servicio compasivo a los que sufren como elemento esencial de su seguimiento de Cristo. Al hacer estas reflexiones en el aniversario de la canonización de San Ignacio y San Francisco Javier he querido recordar a la Compañía que no puede olvidar a los pobres. Hago un llamamiento a las comunidades y a las obras de la Compañía a que reflexionen sobre estas directrices con vistas a la acción y a su puesta en práctica. Pido a Dios que los jesuitas prolonguemos el estilo de vida de nuestros fundadores, especialmente al afrontar los innumerables desastres y situaciones de dramático sufrimiento de nuestro mundo actual, ofreciendo, con humildad y generosidad, nuestra compasión, nuestra solidaridad y nuestro servicio.

Un saludo fraterno en el Señor,

Adolfo Nicolás, S.I.
Prepósito General

Roma, 12 de marzo de 2012

(Original: Inglés)